

de hacia oracion, visitaba los altares rezando en ellos y luego comunicaba materias de su espíritu con los religiosos de él; con quien se confesaba. De allí pasaba al hospital, donde habiendo hecho oracion en la iglesia, entraba á visitar á los enfermos. Consolábalos con pláticas espirituales que les hacia, socorrialos con lo que podia de limosnas, y quitándose luego el manteo, les aliñaba las camas y por último, encargaba mucho á los que los asistian, la piedad y caridad con ellos y el cuidado en acudirles á tiempo en sus necesidades.

“Una mañana muy temprano fué á Catedral sin haber dicho misa ni rezado en sus estaciones. Extrañólo el sacristan por ser aquella la última que acostumbraba, pero el santo varon le sacó presto de la duda. Díjole al sacristan que le trajese la llave del sagrario, donde está el depósito del Santísimo Sacramento de la Eucaristía reservado para los enfermos, y poniéndose sobrepelliz y estola, mandó encender luces. Traida la llave abrió el sagrario, y se halló volcado el vaso de las formas consagradas, y habiéndolas compuestas con toda reverencia en el depósito, cerró el sagrario, y dando la llave al sacristan le dijo: *“Vaya con Dios que para esto le he llamado;”* con que se deja bien entender haber tenido re-

velacion de que aquellas sacrosantas formas no estaban con la decencia que les era debida, y quiso nuestro Señor manifestar cuán agradable le era este su siervo por cuya mano fueron puestas en su lugar decente. Esto con otras cosas que referiré, me afirmó saber con toda certidumbre un sacerdote secular digno de fé y crédito que le comunicó, y me dijo que lo jurára siempre que necesario fuere y se le mandara. Habiendo puesto las santas formas en su lugar, se estuvo en oracion hasta la hora en que solia decir misa cuando no era hebdomadario, y entonces la dijo.

“Volviendo al hilo de las cotidianas estaciones de este santo varon, habiendo acabado en el hospital con aquella obra tan caritativa, pasaba á la santa Catedral que no dista más que el ancho de la calle, y allí hacia tambien oracion. Concluida se entraba en el coro, registraba los libros por donde se habian de cantar los oficios divinos, y cuando era tiempo asistia en pié al facistol ó atril en que se ponen, como pudiera el más humilde cantor que los oficiaba. Era tan puntual en las horas, y en todo lo tocante al culto divino, que le llamaban el reloj de la Catedral. Acabadas las horas canónicas de por la mañana, se iba á recoger á su casa, y en entrando se reti-

ra á su retrete y oratorio para hacer exámen de su vida, pasando en aquella soledad y quietud hasta la hora de comer. El tiempo que duraba la comida le leían libros espirituales, teniendo grande atención á lo que se leía, y acabada la comida se sentaba en una silla y justas las manos tenía un rato de contemplación, y allí descansaba hasta la hora de vísperas. En siéndolo iba á la santa Catedral sin que las incomodidades del gran calor, que el sol causa en aquellas horas, ó lluvias que hubiese, fuese bastante impedimento para que faltase en su continuación, como ni achaque alguno si no le obligaba á estar en cama. Después de vísperas aguardaba hora competente para maitines, y concluidos, se volvía á su casa. A prima noche desde las 8 hasta las 11, que era cuando se recostaba á dormir, gastaba en oración disciplinas, mortificaciones y otros ejercicios espirituales.

“Demás de los ejercicios referidos fué abstinentes en grado superior, porque solamente los domingos y juéves comía cosa de carne y esto con mucha templanza: los demás días de la semana se sustentaba con yerbas y otros manjares de débil sustento. Todos los miércoles y sábados ayunaban con solo pan y agua en honor y devoción de la Virgen Santísima Madre de Dios y

Señora Nuestra. En las cuaresmas era necesario que sus confesores le moderasen los ayunos, porque en la flaqueza grande que manifestaba conocían el rigor con que los pasaba y castigaba su cuerpo para que no le dominase el espíritu. Un juéves santo, habiéndose quedado hasta medio día (aunque no era su hora de asistencia) en la presencia del Santísimo Sacramento, trajeron de comer á los otros prebendados, y rogándole que comiese con ellos, por complacerlos y no dar nota de singularidad, asistió á la comida. Los manjares eran de más regalo que el que su penitente vida acostumbraba y aquella noche, en satisfacción del regalo que había tenido en la comida, se recogió á su casa á media noche, y desnudo el cuerpo, en carnes de la cintura para arriba, mandó á un esclavo suyo que con un látigo muy fuerte, le azotase rigurosamente, y el negro con la reverencia que le tenía, no se atrevía á darle récio. A este tiempo iba un sacerdote que le comunicaba á buscarle, y hallando la puerta (que sin duda lo quiso Dios para manifestar acto tan virtuoso) abierta, sin avisar ni decir cosa alguna, llegando á lo interior de la casa oyó á este penitente y bendito varón que decía á su negro estas palabras: “*Dale récio, Martin, á este mal hombre, mal cristiano que ha dado hoy muy grande escán-*

dalo y nota delante de sus hermanos, comiendo manjares regalados y delicados." Oyendo esto no pasó aquel sacerdote adelante, ni el negro le obedeció ejecutando el rigor que el santo varon deseaba: volvióle á mandar que le diese más récio, y el negro se excusaba diciéndole, que era su amo y sacerdote, que no le mandase tal. Viendo que no queria, le quitó el látigo, y se comenzó á azotar tan fuertemente que le corria la sangre por toda la espalda. Acabada esta rigurosa disciplina, le dijo al negro: "*Por amor de Dios, Martin, que otra vez hagas lo que te mando, y no como mi esclavo sino como si fueras mi enemigo, ejecutes en mi este castigo con todo rigor, pues le merezco.*" Salió muy edificado aquel sacerdote, sin darse á sentir, y despues viéndole el santo varon, ignorando que le hubiese visto, por ser confesor de su negro, le [dijo: señor, dígale á Martin, pues le confiesa, que me obedezca, pues no hace lo que le mando. Admiróse aquel sacerdote, porque como su confesor conocia la conciencia irrepreensible del esclavo, que aunque negro en el cuerpo tenia el alma cándida, movido con el ejemplar de la santa vida de su amo; y presumiendo fuese otra la inobediencia de que le acusaba, se la reprendió viéndole. Respondió el negro á su confesor, diciéndole:

¿"Cómo quiere, padre, que yo haga lo que me manda mi amo, si me manda que le azote crudamente, y porque lo hago de mal: ¿quiza me acusa? ¿cómo he de castigar á mi amo con la crueldad que me manda?"

"Otro Jueves santo en la noche, andaba visitando las iglesias é iba en su compañía el negro Martin, y el sacerdote dicho, que me refirió lo que acabo [de decir, le encontró parado en una calle y le vió que se inclinaba como hácia el suelo, y decia al negro "*Ayuda, Martin, á este pobre Nazareno que va fatigado con tan gran cruz: ayudemosle los dos por Dios*" Como aquel sacerdote oyó razones dichas con lastimoso afecto, miró con cuidado á todas partes y no vió persona alguna, ni el negro tampoco: con que piadosamente se puede creer que el divino Nazareno Cristo Señor Nuestro, cuya pasion debia de ir meditando este santo varon, le apareció en aquella forma visible para que mereciese más con aquella piadosa voluntad.

"Sucedióle á aquel mismo sacerdote, que habiéndosele olvidado á este santo varon su diurno en el coro, él lo halló, y mirando los registros, le quitó una oracion devota que tenia escrita en uno. Hallándose sin el diurno, volvió por él, y dándosele aquel sacerdote le dijo: ¿Cómo padre?

*¿Qué me ha quitado del diurno? Ya lo sé. Entón-
ces le dijo el sacerdote lo que habia hecho, y él
le respondió que se holgaba mucho.*

“Este mismo sacerdote afirma que sabe con certidumbre que por las mañanas, cuando entraba este santo varon en la catedral veia en un lado de la iglesia un bulto de personas puestas de rodillas, y que habiéndolo visto muchas veces, un dia se llegó donde estaba y habló con él un rato. Acabada la plática desapareció el bulto, y lo que de ello resultó fué que luego llamó á los cantores, y los previno para decir una misa de difuntos. Entró á la sacristía, revistióse y salió á decirla cantandola él mismo: era por el alma de un prebendado de la catedral, que era el que le habia aparecido y rogá dle que por amor de Dios dijese aquella misa que debia, que con eso saldria del Purgatorio é iria á gozar de Dios.

“Parece cierto que su Divina Magestad le revelaba algunas cosas del bien de las almas y verificarse esto, en lo que le sucedia á un sacerdote vecino de la ciudad y á quien todos conocimos en ella. Era por aquellos tiempos mozo, y como tal, en algunas ocasiones con otros divertimientos solia dejar de rezar el oficio divino. En viéndole este santo varon, luego le reprendia, advirtiéndole el descuido que habia teaido, y la

estrecha obligacion de rezarle. Debió de suceder esto más de una vez, y así aquel sacerdote enmendó su defecto, por tener ya certidumbre que habia de ser reprendido de este santo por la omision, que así lo certificó algunas veces al otro sacerdote que arriba he dicho, porque el tal defectuoso y este que me lo refirió, eran amigos y se comunicaban.

“A las mortificaciones y penitencias referidas aumentaba otra bien extraordinaria en su estado y es, que como si fuera religioso que hubiese prometido la observancia de la regla de nuestro P. S. Francisco, desde que convaleció de aquella enfermedad, caminó á pié los viajes que se le ofrecieron. Admiraba á todos este por ser esta tierra tan poco á propósito para semejante ejercicio, que aun los muy robustos y sanos (sino es los indios) no pueden tolerarlo. Como veian un cuerpo tan debilitado, enjuto y sin carnes por su mucha penitencia y agravado con diversos achaques, era motivo de dar gracias á la Divina Magestad, que con su ayuda suplía lo que las fuerzas humanas no parecia posible ejecutasen. Solia ir á visitar la santa imágen de Nuestra Señora de Izamal que dista 14 léguas de la ciudad y las andaba por su pié en un dia, y volvia á ella en otro, que no admiraba ménos. Otras ve-

ces descansaba en el pueblo de Cacalchen, que dista de Izamal cinco léguas, y á otro dia por la madrugada las caminaba á pié y en ayunas por decir misa aquel dia en el altar de la Virgen: Aunque andada á pié tenia una mula, por la autoridad de su persona como dignidad de la Santa Catedral, y un dia le pareció á su negro Martin que la mula se moria. Fué á decirselo á su bendito amo, que le mandó le echase una ayuda. El negro le obedeció y se la echó con una jeriniga como pudieran á una persona racional y luego estuvo buena la mula.

“Ejercitaba la caridad con los pobres, gastando en esto lo que sobraba de sus rentas despues de lo que era necesario para el decente y moderado gasto de su casa, y era en esta forma. Todos los sábados del año tenia ordenados para dar limosna á personas pobres que conocia tener necesidad. Venian á su casa, y cierta cantidad de maíz y cacao la expendia, dando el cacao por su mano á los pobres, y el maiz lo media el criado en su presencia y se los daba. A las madres religiosas del convento de la ciudad daba cuanta limosna podia (porque es convento pobre y verdaderamente necesitado). y porque faltaban dineros con que poderse acabar, no teniéndolos para ayudar á aquella obra tan piadosa, echó

cuatrocientos pesos sobre las casas de su vivienda á censo, de que pagaba despues los réditos, para ayudar á que se acabase. El retablo del hospital, que, como se dijo, se dió á los pobres de la órden de S. Juan de Dios, se hizo de un apostolado de pintura romana que tenia para adorno de su casa, y lo dió porque con él le tuviese aquel santo templo.

“Diez y ocho años vivió este siervo de Dios despues de la enfermedad referida al principio, ejerciendo continuamente estas rigurosas penitencias y perfeccion de la vida, juzgando siempre bien de los prójimos y atribuyendo lo que veia á la mejor parte, cuando la Magestad Divina fué servida de llamarle á poseer el premio de sus perfectas virtudes, como piadosamente parece debe creerse, pues se dá á la virtud hasta el fin perseverante y es comun entender de todos cuantos le conocieron.

“Tiénesese por cierto que tuvo revelacion de su muerte, porque pocos dias ántes que pasase de esta vida, hallándose fatigado con vómitos de sangre, achaque de que continuamente padecia, pidió licencia al Sr. Obispo D. Fr. Gonzalo de Salazar, para ir á nuestro convento de Maní, distante 16 léguas de Mérida, donde entonces era guardian el religioso que se ha dicho era su

hermano, llamado Fr. Diego de Honorato, diciendo que queria morir con sus hermanos, porque tambien vivia en aquel pueblo el sargento mayor Juan de Honorato, hermano de los dos. A la verdad lo que se entendi6, conocida su humildad, no fu6 sino por huir de la honra y veneracion con que habia de ser tratado de los ciudadanos despues de su muerte.

“Alcanz6 la licencia, despidi6se de los prebendados sus espirituales hermanos y compaÑeros, y de los demas amigos que tenia, y fu6se al convento de Maní, como lo habia determinado. Llegado á él, pidi6 á su hermano el guardian que le tratase como si fuese religioso súbdito suyo, porque como si lo fuera, le prometia obediencia los dias que en él le quedaban de vida, deseando acabarla con esta sujecion virtuosa. De esta suerte estuvo trece dias en el convento, sujetando todas sus acciones á la obediencia del guardian, y aunque tan enfermo, dijo misa todos los dias hasta uno ántes de su muerte. Este dia no la dijo, porque viéndole el guardian tan debilitado le mand6 que no la dijese, y le obedeci6 oyendo otra. A la tarde le mand6 el guardian que se desnudase y echase en la cama. Débese mucho notar, que desde que comenz6 esta penitente vida, solamente se desnudaba para mudar-

se ropa, habiéndose siempre dormido vestido, que es otra mortificacion tan áspera como rara y singular el que puede tolerarla. Obedeci6 al guardian, y habiendo rezado los maitines del dia siguiente, mand6 llamarle y le di6 el brevario, diciendo: Hermano, no tengo otra cosa que darle que sea conforme á su estado y profesion; t6melo que es de los nuevos y ya me falta la vista, que para lo que queda de vida, rezaré con las cuentas del rosario.

“Llegada la noche se recogieron los religiosos, y qued6se con el siervo de Dios, Martin su esclavo, para que le acudiese á su necesidad. A la media noche llam6 al negro y le dijo: *hijo ¿oyes aquel canto?* Y el negro le respondi6: *señor, no oigo cosa alguna*, y él le dijo: *anda con Dios que tú nunca oyes*. Llam6le segunda vez como á las dos de la mañana, y le pregunt6 lo mismo, y el negro respondi6 lo que en la primera. ¿Qué se puede entender de esto sino que los santos ángeles celebraban con música celestial el próximo tránsito de aquella dichosa alma á la felicidad eterna, lo cual con su gran humildad de sí no presumia?

“Sábado siguiente, habiendo amanecido, le dijo el hermano que era hora de oir misa, y respondi6 que fuese á vestirse é iria á oirla. Vis-

tíose el siervo de Nuestro Señor con la modestia que acostumbraba tener en sus acciones, y sacó una alba y tonete y dándosela al negro Martin, le dijo que aquello ponía allí para que le enterrasen. Levóle de mano un religioso para ayudarle á andar, y al entrar por la puerta que hay de la sacristía á la iglesia, invocando el dulce nombre de Jesus, pidió que le ayudasen. Llegáronle al altar mayor donde estaba el Santísimo Sacramento de la Eucaristía, el cual habia recibido por viático el juéves ántes por su mano en la última misa que dijo. Diéronle allí la santa Extremauncion y puesto los ojos en la imágen de un santo Crucifijo, dió el espíritu á su Criador sábado por la mañana, á 16 de Abril del año de 1633, y de su edad 53. Llevaron su bendito cuerpo á la celda donde le habian hospedado vivo, y hallaron en ella una peticion suya, en que rogaba no le desnudasen para amortajarle, y era porque no le viesen los cilicios que traía junto á las carnes y señales de su mortificacion y penitencia. El achaque de que se entiende murió fué dolor de una ventosidad.

“Cosas admirables y dignas de consideracion sucedieron en su muerte. Luego que falleció mandó el padre guardian á los indios sacristanes diesen con las campanas la señal con el clamor que

se acostumbra, y ellos repicaban las campanas, ó por lo menos el sonido que se oía, era repique muy festivo. El guardian reñía á los indios porque repicaban, y aunque más les decia que clamoreasen se oía repique de las campanas, hasta que los españoles que se hallaron presentes dijeron al guardian: “Padre, déjelos y no los riña, porque Dios lo debe de ordenar así, pues no hay remedio para que clamcreen por más que se les dice y manda.” Haber sucedido esto me lo certificaron los mismos españoles vecinos del pueblo, que estaban allí entonces, y fué público y notorio á todos porque así lo oían. Parece quiso Nuestro Señor manifestar con aquella alegre señal de las campanas, la eterna alegría de que aquella santa alma gozaba ya, separada del cuerpo en cuya compañía habia grangeado tantos méritos con sus virtudes.

“Una cosa digna de notar y advertida de muchos, sucedió en la ciudad de Mérida, al tiempo que este siervo de Dios murió en Maní. Habia en la ciudad un hombre llamado Juan de Camas, el cual siempre que veía pasar al bendito varon se ponía de rodillas en tierra, juntas las manos sobre el pecho, y alzando al cielo los ojos, pedia á Dios le llevase de esta presente vida cuando aquel santo varon pasase á la eterna. Pregon-

táronle algunas personas que lo vieron que por qué pedía aquello á Dios, y él respondía: "Para que tenga yo quien sea intercesor por mí ante la Divina Magestad á la hora de mi muerte." Los secretos divinos no alcanza nuestra corta capacidad; más lo que sucedió fué que á la hora que su devoto murió en Maní, á él le dió en Mérida un accidente repentino que dándole lugar para confesar y recibir los Sacramentos murió con él muy aceleradamente, con que Dios le concedió la muerte á la hora que tantas veces y delante de tantas personas le había pedido.

"Luego que se puso en la forma que había de ser sepultado, le llevaron al cuerpo de la iglesia del convento, y corriendo la voz de que ya era difunto, fué tan grande el concurso de la gente de la comarca, así religiosos de los conventos circunvecinos como de españoles é indios que vinieron á verle y venerarle como á cuerpo santo, que no cabiendo en la iglesia del convento, fué necesario sacarle á la de los indios, que era muy capaz, para que todos le pudiesen ver y gozar, ya que su devoción los había traído de sus pueblos para tener aquel espiritual consuelo.

"Sucedió otra cosa que se notó mucho y fué que no habiendo palomas en casa alguna del pueblo de Maní, se vió una paloma revoloteando

sobre el cuerpo, y se estuvo allí hasta que lo enterraron que fué al siguiente día domingo. Hiciéronse los oficios con mucha solemnidad, y habiendo ya pasado veinticuatro horas despues de su muerte, se le vió salir sangre fresca corriendo por la boca como pudiera de un cuerpo vivo, cosa que en el suyo admiró á todos, viéndole tan sin carnes, de la mucha penitencia que había hecho. Cuando le hubieron de enterrar, ya tenía el alba y ornamento casi hecho pedazos, que se los habían quitado con devoción para venerarlos como reliquias santas. Sepultáronlo en la capilla mayor debajo de la peana del altar principal y teniéndose en la ciudad nueva de su muerte, fué sentida de todos, en tanto grado cuanto era la veneración con que le respetaban viviendo y por la falta que en ella había de hacer su ejemplar vida. Al año siguiente, fueron sus huesos trasladados á una bóveda que en la muralla de la iglesia se abrió, al lado derecho del altar mayor para este fin. Está delante de la urna una reja dorada por donde se descubre, y en la urna retratada su efigie penitente que causa devoción mirarla. Iluminóse todo el circuito, y en lo superior, en lo hueco de un escudo pintado, está escrito con letras de oro: "Murió en este convento el Lic. D. Bartolomé de Honorato, chantre de la

Catedral de la ciudad de Mérida, á 16 de Abril de 1633 años. Traeladárõnse los huesos á este lugar en 29 de Setiembre de 1634 años." Todo lo cual sucedió siendo nuestro R. P. Fr. Luis de Vivar provincial de esta provincia. y guardian de ese dicho convento de San Miguel de Maní, el P. Fr. Diego de Honorato." La modestia de ser su hermano este siervo de Dios, debió de ocasionar no ponerle algun elogio, mereciendo tantos por sus muchas virtudes. Tiénenle gran veneracion en aquel pueblo, y nuestra provincia dió muchas gracias á Dios por prenda digna de tanta estimacion, y que siendo de fuera de la religion, nos la concediese."

Horta Barroso, Dr. Antonio, Arcediano en 1676.

Letina, Dr. Pedro; Chantre en 1763.

40.—Lousel, Dr. Juan Agustin, Prebendado en 1771, Canónigo en 1774, Maestrescuelas en 1777.

Mallen de Rueda, Pascual. Canónigo en 1636.

Marin, Juan Francisco, Canónigo en 1648.

Mariño de Rivera, Francisco, Prebendado en 1652.

Martinez, Dr. José. Chantre en 1752, Dean en 1760 y 63.

Martinez de Peralta y Godin, Dr. Santiago. Prebendado en 1792 y 99, Chantre en 1806, Dean en 1815, 20, 21, y 31.

Mendez Ibarra, Vicente. Canónigo en 1836, Mendicuti, Juan Antonio. Prebendado en... 1752. Canónigo en 1760 y 63.

Mendicuti y Alvarez, Lorenzo. Maestrescuelas en 1787, 90, 92, 99 y 1820.

Miranda, Cristobal de. Dean en 1579.

50.—Molina de Muñoz, Juan. Maestrescuelas en 1652, despues Arcediano.

Monterroso, Lorenzo de. Chantre en 1573 y 79.

Monsreal, Dr. Buenaventura. Dean en 1760 Arcediano 63.

Mora y Rocha, Dr. Pedro, Arcediano en 1774 Dean en 1776.

Nuñez de Leon, Gaspar, Arcediano en 1636.

Ojeda, Alonso. Prebendado en 1743.

Oreza, Dr. Pablo. Arcediano en 1850.

Pacheco de Benavides, Fernando. Maestrescuelas en 1676.

Patron, José Guadalupe, Canónigo en 1875 y 79.

Perez de Vargas, Pedro. Prebendado en 1579, 81 y 1602.